

El Deber y el Derecho.

PERIODICO GENERAL.—ORGANO DE LOS INTERESES DEL PUEBLO.

Editor responsable y propietario, JUAN F. TRONCOSO.

SERIE DE 12 NUMEROS,
Vale \$ 1-00.

ESTE PERIODICO
POR AHORA ES SEMANAL.

Serie I.

SALDRÁ A LUZ
TODOS LOS SABADOS.

NUMERO SUÉLTO,
Vale 10 centavos.

San José, 13 de Enero de 1894.

Administración.

La de *El Deber y el Derecho* está a cargo del mismo editor propietario y propietario; el des en la Imprenta de la *Pres. Laur.* Los de interés general se publican gratuitamente, lo mismo que aquellos que estén interesados en establecimientos de beneficencia. El precio de los remitidos de interés particular será el de \$ 5-00 por columna y si no la llenare se cobrará proporcionalmente. El costo de los anuncios se pagará conforme a la siguiente:

TARIFA.

Por cada centímetro cuadrado en sola columna \$ 0-01 ct. Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado „ 0-00 1/2 „. Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 20 o; No se publicarán comunicados ni anuncios que escritos en términos cultos y comedidos. Todo pagado verificará anticipado. El editor no es responsable por los artículos firmados. No se devolverán originales de los escritos que por inconvenientes dejen de publicar.

El Deber y el Derecho.

NOBLEZA OBLIGA.

I.

Proverbio francés. Hemos contraído serios compromisos ante el público, al intitular nuestro periódico *El Deber y el Derecho*; sabemos muy bien lo que eso vale. Somos gentes que no tenemos ambiciones ni pretendemos nada. Si se nos permite decirlo, somos humildes y sólo corazón.

Mucho se habla del pabellón tricolor de nuestra tierra; los oradores que buscan aplausos se acogen a su sombra y así caminamos.

En medio de esta política, tan intrincada, hay algo que vale mucho. Ese algo se llama el pueblo. *Vox populi vox Dei.* Y otros dicen que no; que *vox populi vox Diabolo.*

Estamos entre los ángeles y los demonios; estos atrás, al infierno.

Pobrecitos. No los condenemos; decía un poeta: que los que grandes engendró el Eterno, serán colosales en el mismo infierno.

II.

Seamos serios, vengamos á cuentas. Hay hoy un hombre sobre cuyas espaldas pesa la responsabilidad más grande. Ese hombre es el señor Presidente de la República Licenciado don José Joaquín Rodríguez.

Si nuestros lectores creen que somos gobiernistas se equivocan; jamás nos hemos acercado á tomar una miga del banquete del presupuesto; parece que le llamaban el botín. ¡Qué sarcasmo!

Pues bien, nosotros ciudadanos independientes y libres, tenemos la osadía de dirigirnos al digno Jefe de la República diciéndole así:

Estamos en circunstancias difíciles. Sois hombre honrado, y á tu lado estaremos nosotros. Salvad la REPÚBLICA. No empleis imposiciones de ningún género, dejad al pueblo su libertad.

Habéis sostenido una lucha de cuatro años. Muy bien, es bastante. Quizá los que os rodean os han perjudicado.

Pero señor Presidente su alma está limpia y honrada. Nosotros comprendemos muy bien, cuán difícil es la tarea de gobernar y cuántas dotes se necesitan para ocupar el puesto en que estáis.

Nada en este mundo es nuevo. ¿Lo diremos en latín? *Nihil novum sub sole.*

Hubo una vez en la Judea un espectáculo extraño. Era el hombre Dios sin traje de seda, sin púrpura, sin relumbrones; tenía una túnica humilde, en las espaldas azotes, en la frente una corona de espinas, y en la manos un cetro irrisorio; y le decían: *hé aquí el Rey de los Judios.*

Mr. Dupín escribió muy bien el proceso de Cristo.

En esa epopeya grandísima hubo de todo: un gobernador llamado Poncio Pilatós, que se lavó las manos, porque obedeciendo á los gritos del pueblo que decían, sálvese á Barrabás y crucifíquese á Jesucristo, creyó que con lavarse las manos se salvaba.

Y los escribas y fariseos, también y no desaparecen.

Señor Presidente de la República: aunque veamos la sonrisa maligna, queriéndonos interpretar como escritores oficiales, no nos importa. En esta emergencia pedimos únicamente una cosa, HONRADEZ, y creemos que la tenéis.

Dispensad á los Redactores de *El Deber y el Derecho.*

Una Lágrima.

Siempre la pluma há corrido con ligereza en nuestra mano; más ahora nó, la pluma se nos resistió, y estas líneas que vamos á escribir, quisiéramos borrarlas con nuestras lágrimas.

Pero tenemos deberes y uno de ellos es tributar un homenaje á la memoria del malogrado amigo.

El señor Licenciado don Angel Anselmo Castro, en servicio del país, murió en Esparta. Se nos adelantó demasiado pronto en el viaje á la eternidad.

Parecía llenó de robustez y de vida. Se despidió de nosotros anunciándonos una breve ausencia, y era tan breve que significa lo infinito, la eternidad.

¿Quién era Angel Anselmo Castro? Un juriscónsulto, un profesor, un alma buena.

En la de nuestro querido amigo se abrigaba siempre el bien y nunca el mal.

Joven patriota, era de los pocos costarricenses que, de corazón, suspiraba por la Unión de Centro América.

Además el señor Licenciado don Angel Anselmo Castro tenía otras dotes: las del orador fácil y oportuno, siempre inspirado, con la honradez por guía y una limpia conciencia, puesta al servicio de sus conciudadanos.

La muerte, siempre traidora é incomprensible, tronchó en flor la existencia de Angel Anselmo Castro. Con ella se fueron las legítimas esperanzas de una esposa llena de virtudes; de sus niños

entre los cuales hay uno que descuella por su inteligencia soberana; de sus hermanos tan cariñosos para con él; de todos los que en este mundo lo quisimos; y de la Patria que tenía fijada en él una esperanza.

Reciba toda la familia del señor Licenciado don Angel Anselmo Castro, nuestro pésame más sentido, y muy en especial su hermano don Jerardo, á quien enviamos en estas líneas, el apretón de manos de un amigo en las horas de desgracia.

El Gobierno no creemos que pudiera quedar insensible ante la muerte del señor Licenciado don Angel Anselmo Castro; falleció en servicio del país y la Patria debe reconocer los de sus buenos hijos.

Quedan una viuda, sumida en la más honda pesadumbre y muchos niños, que donde quiera encontrarán abrazos cariñosos; mas lo repetimos, el Gobierno siguiendo nuestras propias tradiciones, debe acordar en favor de esa familia el goce del sueldo que últimamente disfrutaba el señor Licenciado don Angel Anselmo Castro.

SINIESTRO.

En la madrugada del 6 del corriente, se incendió la casa del señor Licenciado don Inocente Moreno; parece que una candela, que ardía ante un portal, fué la causa del incendio. De la casa quedaron únicamente las paredes.

El público ha sentido mucho esa pérdida y nosotros la deploramos.

El señor Licenciado don Inocente Moreno, abrió su camino bajo auspicios felices. La desgracia lo persiguió en sus negociaciones agrícolas, y sus fincas colindantes con la Bervena, ya no son de él.

Honrado y laborioso, como Notario Público, ha sabido sobrellevar las cargas de la vida. Ni el

ha faltado quien se interese por él, y hoy en medio de esa desgracia que lamentamos, debe servir de consuelo al señor Licenciado don Inocenté Moreno, que hay corazones generosos simpatizando con él.

El hombre honrado y trabajador, sabe abrirse camino en medio de las amarguras de esta vida, si la desgracia quiere enseñorearse en él lo encuentra blinado y le opone un escudo poderosísimo que contiene una significativa leyenda que dice así: "trabajo y honradez."

COLABORACION.

Artículos para el Pueblo.

II.

EGOÍSMO.

El diccionario define bien el egoísmo, diciendo que es el inmoderado ó excesivo amor al interés propio, sin atender al de los demás. Ese amor es exclusivo y desordenado, por que el egoísta no mira más que á su individuo y á su bien particular.

Mr. Bonald decía que el hombre es una inteligencia, servida por órganos; y parodiando esa definición diríamos que el egoísta es un conjunto de órganos, puestos al servicio de su interés individual.

Pocos defectos hacen al hombre tan antipático como el egoísmo; y es muy natural, porque aquél que piensa solo en su propio interés y en su conveniencia, no puede atraer hacia sí más que el desprecio de los otros hombres.

La humanidad es comparable á una inmensa compañía, en que cada cual pone su parte de capital ó de trabajo, necesitándose los unos á los otros, todos sujetos á prestaciones recíprocas exigibles coactivamente las unas, y las otras no menos imperiosas en el orden moral. El que permanece extraño á los grandes fines sociales, y vive encerrado en sí mismo, como los crustáceos en su escama, está fuera de la comunidad y es tan estéril como las rocas.

Es fácil conocer al hombre egoísta, aún en la conversación, porque habla sólo de él mismo, ó de cosas que le atañen, cualquiera que sea el asunto de que se trate, cualesquiera que sean las circunstancias; siempre el yó, el mí y el mé, sin empleo de otros pronombres posesivos.

Jamás el egoísta figura en las contribuciones para obra de beneficencia, y en sus negocios mercan-

tiles nunca consulta la ventaja recíproca, sino exclusivamente la suya propia. Bien pudiera estar se ahogando alguno que él no haría por salvarlo: bien pudiera haber un grande incendio, que él no contribuiría á apagarlo á no ser que las llamas llegaran cerca de su propiedad.

Y es el egoísta un sér dañino y sumamente perjudicial. Figúre-moslo en diversas posiciones: si es abogado, jamás defiende al desvalido; si es médico, deja morir al que no le pague; si es párroco, no casa al que no le entregue cabal el estipendio, que vale más para él que todos los concubinatos juntos.

Calamidad grande sobreviene si desempeña funciones públicas; entonces, adiós justicia, en la que nunca piensa y toma por norma de su conducta evadir compromisos y seguir á ciegas las insinuaciones del poderoso, sin que le importen un ardite las lágrimas de la viuda, ni el desamparo del huérfano.

Figúre-moslo en la escena política: si es época de elecciones, él no se fija en los intereses del país, ni en las circunstancias de los candidatos; trabaja por el que tenga más probabilidades de subir al anhelado sillón presidencial, y si en el curso de la lucha las cosas cambian de aspecto, él con la mayor tranquilidad se pasa al otro lado, porque su ambición es caer de pie como los gatos, cuando se les arroja desde una altura, aun cuando les den vueltas en el aire.

Si es representante del pueblo, su invariable credo político es votar á tuertas ó á derechas con los ministeriales, aunque al país se lo lleve el diablo. Bien puede el Gobierno dar al traste la carta fundamental, hollar todas las garantías individuales, comprometer el territorio nacional, á él todo eso le importa un bledo; y si alguno le increpa tal conducta, contesta muy horondo: el que manda manda, y punto en boca.

Si por calamidad incomparable llega á ser presidente de la República, ¡oh eso es muy divertido; establece una ley á su juicio la más sabia y natural, la ley incomparable, la más conforme á la naturaleza, la ley del embudo; lo ancho para él y sus parientes por consanguinidad y afinidad hasta el décimo grado inclusive, y lo angosto para el pobre pueblo que lo elevó al poder.

Figúre-mos que todos los hombres hubieran sido egoístas: entonces, al grito desagradable de un ganso, no hubiera habido quién se sacrificara por su pa-

tria; ni habrían existido los Gracos, ni la madre de ellos; ni Guillermo Tell, ni Oconell ni Cosiusko, ni Washington, ni Bolívar, ni Ricaurte, ni Juan Santamaría. Si todos los hombres fueran egoístas, la sociedad no podría existir.

PAOLO.

COMUNICADO.

Conceptos Sociológicos

PARA EL

PARTIDO DEMÓCRATA

I.

El mundo americano, por su condición de mezcla de razas que produce consigo una vigorosa energía para todo el organismo del sér humano y capaz de resistir evoluciones aun está llamado á ofrecer en su suelo fecundo á su republicana y democrática sociedad todos los ensueños de los apocalipsis políticos, es decir: un régimen de la justicia y de la libertad sociales en todos los hombres y para todas sus actividades vitales.

En verdad, la América cuya existencia prehistórica hasta ahora se va empezando á despegar y á foliar sus apretadas y endurecidas páginas al aparecer como nuevo continente ante el antiguo mundo civilizado, sufrió una transformación en la forma, pero no en el fondo de su primitiva manera de ser social.

Los heroicos conquistadores europeos evolucionaron en su progreso á la primitiva sociedad indígena.

A un régimen social, teológico bárbaro é inhumano de un primitivo concepto de idolatría á los elementos y á las fuerzas de la naturaleza mantenido con esplendor por la cruel sociedad indígena, lo sustituyeron los europeos por un Gobierno teocrático también cruel, injusto é inhumano por su intolerante fanatismo que á sangre y fuego como ley de código social, quisieron imponer como procedimiento de civilización y de dominio para la primitiva sociedad americana.

El altanero y avaro europeo ávido de aventuras, le impuso al tímido é ingénuo indio como dógma de su fé y como fundamento de sus derechos, el catolicismo intolerante rodeado de hogueras y de martirios en su creencia basada en un crucificado, y de gobierno la servil esclavitud fundada en el dictamen tiránico de un monarca, representante de la justicia sobre la tierra.

Esta nueva forma de ser social implantada en el suelo americano basada en un régimen de gobierno teológico y siquico á la vez, dió por resultado la casi extinción de la raza indígena, y cuando ya esta institución social de exótica implantación en este fecundo suelo no tuvo más víctimas indígenas con qué saciar sus furros de descubrimiento y de conquista de este nuevo continente, empezó á imitar al cruel Cronión á Saturno ó el tiempo, devorando á sus propios

hijos por cuanto ellos llevaban el estigma de haber nacido americanos.

La imposición de un fervoroso y fanático culto católico, la injusticia en el ejercicio de los derechos sociales y civiles; el respeto teológico para un monarca y sus delegados de cogulla, he aquí el principal fermento para operar una metamorfosis social en el suelo americano, cuya eferescencia trajo como resultado la tan decantada independencia, cuya gloriosa adquisición consumió el patriotismo, el valor heroico y las virtudes cívicas de nuestros abuelos; todo lo grande, lo digno de admiración estupefacta y contemplación grandiosa lo llevaron á sus tumbas aquellos héroes y con ellos las enterraron y no dejaron mayor herencia de tantas virtudes para sus hijos y sus nietos, objetos de tamaños sacrificios, más cosa que una ambición desenfrenada.

En efecto, con la desaparición de nuestros abuelos, que á costa de sacrificios cruentos habían conquistado la justicia y la libertad para la fecunda América; con la presencia de la desenfrenada ambición que fué adquiriendo amplio campo para saciar la sed de derechos sociales y civiles negados á aquellos héroes y como gloriosa conquista depositada en manos de los hijos y nietos, la discordia lanzó su traidora manzana y al recogerla la audaz ambición reapareció de nuevo y potente el antiguo monstruo de la teocracia, sustituyendo el purpureo manto de la monarquía por el democrático ropaje de la República.

Desde este momento este monstruo, semejante á la ballena bíblica sume de nuevo en su hambriento vientre á la sociedad americana, que hasta hoy día vive dentro él cual un segundo Jonás, es decir: nuestra evolución alcanzada se ha operado dentro el estómago de la clerecía, el movimiento de nuestro progreso se ha realizado con el sonoro retintín de la moneda en el bolsillo del Cura; la Unión Católica nos ha amamantado.

II.

Con los hechos apuntados á grandes rasgos en lo anterior, si nos referimos á la sociedad de nuestra patria tomando en consideración estos aciagos momentos históricos de la lucha política religiosa que vamos á librar, encontramos, que aunque no tuvimos abuelos directos que lucharan en nuestro suelo por la independencia teologo-sicológica y aunque si somos libres y autónomos desde el año 21, fué producido esto por una emancipación ocasionada mediante los grandes y poderosos acontecimientos realizados por los abuelos de nuestros hermanos americanos; pero que con toda esta autonomía, el monstruo ballena bíblico siempre nos dejó en su vientre y dentro él nos hemos continuado alimentando como niños que éramos, y dentro él hemos ido creciendo, y su hambrienta barriga nos ha parecido siempre un jardín de delicias. Empero, hasta ahora que se nos presenta nuestro Augusto Bernardo cual cuebra tentadora para

hacernos ver que dentro nuestro Paraíso se encontraba implantado y con exuberante radificación el árbol de la ciencia del bien y del mal llamado "Unión Católica," recibimos con sorpresa la noticia, cuando ya la Historia de nuestra patria nos había presentado páginas tintas en sangre narrándonos las causas que provocaron nuestra segunda guerra fratricida el año 35 al echarse á andar sobre los diezmos y los días festivos el progreso acelerado en prosecución de la justicia, de la libertad y del bienestar social, cuando nuestros pocos videntes han querido sacar la patria por la tarasca de aquel monstruo en cuyo vientre devorador se secretan los amargos jugos de la injusticia de la tiranía dictatorial y de la miseria de la sociedad.

Naturalicémonos con nuestro modo de ser y comparémoslo con lo que fuimos, para alcanzar una buena esperanza de lo que iremos á ser, y con tal objeto abramos ámplio horizonte á la observación de lo que han sido las sociedades y como ellas se han evolucionado aunque para esto empleemos largos rasgos.

III.

Toda sociedad al iniciar su civilización comienza su régimen gubernativo por una forma teológica, asciende en su escala de progreso y cuando ha alcanzado su totalidad de desarrollo, empieza á cancerarse para adquirir una evolución psicológica y esta putrefacción termina con el sér orgánico social para metamorfosarlo hasta un último término hasta ahora conocido, trayéndolo al dominio del realismo, que es la sensatez de la vida positiva. Esto se asemeja á las edades de la vida humana; empieza por la timidez y credulidad del niño, que necesita de apoyo para dar sus primeros pasos; después la vida de la ardiente divagación en las idealidades del puer, para llegar por último al hombre que combate con denodado valor en la lucha de la vida por la vida.

En la primera edad de la sociedad, Dios legisla desde un Sinaí ardiente, y el eco tonante de sus mandatos los recoje un Moisés mediador entre la Divinidad y el hombre. Más tarde, al emanciparse un pueblo de su Moisés imbuido en la idea de una vida de ultratumba y de una justiciera penalidad con la correspondiente adquisición de gozes infinitos é imperecederos, busca el hombre al hombre para legislar y haciendo de este hombre legislador un patrono modelo de virtud, lo toma de abogado, de Santo de devoción de la justicia y lo festeja en procesiones y agazajos de libación, hasta que por último, después de sufrir la sociedad los reveses de la vida, rompiendo como la crisálida el velludo envoltorio que tegiera el gusano, aparece como matizada mariposa, se postra ante la idea de la realidad de la vida y con ella comulga como verbo de su sér.

IV.

En la adquisición de su bienestar material queda del propio modo caracterizada la sociedad según la manera de construir sus hogares.

En la primitiva época, en la teológica la gruta, el hueco del tronco del árbol corpulento, el palenque, el rancho y por último lo más acabado de su orden arquitectónico, la casa de bahareque señalan esta edad.

En la época psicológica la sociedad ha progresado ya en el arte, esculpe las Divinidades y para la construcción de sus hogares amasa el barro y lo emplea crudo ó cocido en adobes ó en ladrillos, por último en la edad realista, el progreso alcanza sus manifestaciones hasta ahora más completas. Los edificios de piedra y de metales se levantan en forma de suntuosos palacios y se prodigan sus construcciones no solo para los hogares sino para darles acogida á las producciones del génio; son los templos levantados por el hombre á las actividades de la sociedad en todas sus manifestaciones.

Si á estas obras del hogar echamos una mirada escrutadora sobre su presencia en nuestra patria, vemos que al lado del rancho y de la casa de bahareque, se levanta el edificio de adobe ó de ladrillo y que al frente de éstos están las iglesias, las escuelas, los liceos y los teatros, templos de granito y de hierro. de los cultos religiosos, del saber y del arte, etc. etc.

Esta observación nos induce á sacar como conclusión, que en nuestra patria las edades teológica, psicológica y realista ó positiva se han presentando casi simultáneamente como se ofrecen las distintas construcciones de los hogares, y que la Unión Católica, los Partidos Políticos con candidatos ó Patronos y nuestro Partido Democrático por último, que batalla al calor de las ideas implantadas en sus Bases Políticas, representan las tres fases del progreso social.

V.

Ahora bien, en presencia de estos conceptos sociológicos, ante la expectativa de nuestra candente lucha política actual, el Partido Demócrata, que tremola el estandarte de los principios realistas, que ha sentado como lema, "que ante la magestad de la idea se hunde toda personalidad" no puede hacer otra cosa que seguir las huellas de su ilustre candidato, retraerse de la política teológica y psicológica, esperar el tiempo en que el oleo sagrado que unje al mandatario ó el mandato apostólico que canoniza al santo candidato sea la idea democrática realizable como realidad social mediante la opinión pública que es la voz de la justicia y de la libertad humanas.

Con nuestro retraimiento aceleramos las evoluciones sociales que se operarán tarde ó temprano en nuestra patria.

La vida positiva que comprende y persigue el Partido Demócrata no admite que para resolver los problemas económicos de nuestra nación, se

operen de nuevo los milagros bíblicos de los panes y de los peces ó se realicen las visiones de los santos narradas en los libros ascéticos.

El partido demócrata con su Credo Político, con un jefe tan patriota y tan demócrata como Máximo Fernández, jamás será partido ocasional, su vida de perenne duración se robustecerá más y más con la adhesión de patriotas que en la tranquila calma mediten en encontrar el depósito del progreso, que lo hallarán en la dememocracia y en su partido.

RASEN

La Unión, Enero 4 de 1894.

Sueltos diversos.

El señor Licenciado don Manuel Argüello y su señora, reciban nuestra felicitación, con motivo del próximo enlace de la señorita Mariana, con el señor don Agustín Castro. Innumerables felicidades deseamos á los novios.

Ovación en Cartago. El siete del corriente, unos cuatro mil ciudadanos así se nos informa, se presentaron ante el señor don Manuel de Jesús Jiménez, á quien proclaman candidato á la Presidencia de la República.

Muy notable y valiente nos ha parecido una hoja del señor don Zenón Castro. Termina así:

Voy á concluir, señor:
Lo que he escrito ha sido dictado por la obligación que mis antecedentes me imponen; no lo he escrito con la esperanza de que Ud. desista de imponernos á su hijo político en la presidencia de la República: mucho ha hecho ya usted para este efecto, inclusive poner á la disposición de él soldados extranjeros, como el Gral. don Leonidas Plaza y el General don Manuel Rivas, ecuatoriano el primero y nicaragüense ó salvadoreño el segundo, que nunca sentirán costarricense al servir á una causa cuya ley no conocen; y al servir contra ciudadanos genuinos de este país, entre quienes tengo el honor de contarme.

Para poner punto final, séame lícito trasladar á usted y á don Rafael Iglesias al año 89 y pronunciarles en el fondo de su conciencia estas palabras que tanto pronunciábamos los tres: *trabajar en lo sucesivo contra las imposiciones oficiales y á favor de la alternabilidad en el poder.*—Séame lícito además pronunciar aquí mi lema como ciudadano: *todo para la comunidad á quien pertenezco.*

Soy de Ud. atento y S. S.

ZENÓN CASTRO.

Señor Presidente de la República.

Que nos dispensen los lectores. Las impuntualidades de nuestro colaborador Ruperto, harán que tal vez hasta el número próximo, aparezca el primer capítulo de su obra.

El periódico está lleno, y por eso no podemos publicar la correspondencia de nuestro colaborador de Alajuela. Nos prometemos darla á luz en el número siguiente.

Notas y letras.—Este periódico ilustrado, hace honor al país.

Reciban sus redactores nuestra cordial enhorabuena.

Ha visitado nuestra mesa de redacción, un nuevo periódico, "La Juventud." La saludamos, deseándole larga vida y coronas literarias.

Teatro Variedades.—Hemos oído hablar con mucho aplauso de la compañía Valero.

Ejercicio militar.—El cuerpo de artillería celebró un exámen en la plaza de armas. Nos pareció bien. Las mulas bien educadas, con sus aparejos correspondientes. El desarme de los cañones bien hecho, para caminar en campaña. Reciba nuestras felicitaciones el artillero francés, y recíbalas también sus discípulos, que dieron muestras de aprovechamiento.

Corrida de toros.—No estuvo enteramente mal la primera. El morenito, bien como capeador. Elegante, pocos pasos ante el toro. Dos fueron buenos, los demás no significaban gran cosa, malos bichos. Los banderilleros, poco felices. Nunca pudieron poner dos juntas. El salto de la garrocha fué infeliz, y no decimos más.

Nuestros aplausos se dirigen al señor del Barco. Salió en brioso corcel estilo andalúz, á pedir la llave del toril. Lástima que el señor del Barco, aficionado taurino, sea tan escaso; á nuestro juicio debió permanecer en plaza, sustentando los fueros de la poética Andalucía.

Al día siguiente vino otra función; pero como no asistimos á ella, punto en boca.

La composición de las calles sigue un poco despacio; pero como no hay mal que dure cien años. . . .

La España moderna.—Revista Ibero americana. La recomendamos al público, porque es una colección de libros escogidos; y á tres pesetas el tomo. Es la oportunidad de hacerse de una buena biblioteca.

Hijo, ya tienes catorce años. A qué oficio quieres dedicarte?

Papá, yo quiero tener el mismo oficio de usted, propagandista.

LITERATURA.

UNA VISITA.

Beso sus piés, mi señora.
—Servir á usted, caballero.
Siéntese usted.—muchas gracias.
—Parece que está molesto;
Tome el sofá.—No, señora,
Estoy aquí bien, aprecio.
—Es que snele el taburete
Ser muy incómodo asiento.
—No, señora, estoy bien
Donde quiera que me encuentro.
¿No tiene usted novedad?
—No, señor, gracias.—Celebro:
Y el señor don Luis?—Salió
A la calle há poco tiempo,
Sin novedad.—Y el chiquito?
—Gracias, señor, está bueno.
Es tan gracioso! si viera. . . .!
Tan lindo! que es un portento,
Josefa, trae á Lisandro
A que le hable á don Anselmo.
(Y no responde) Josefa!
Josefa! (si se habrá muerto!)
Pues ve usted? Si las criadas
Sólo sirven de tormento. . . .
—Si, señora, y es difícil
Encontrar una entre ciento.
—Permitame usted, señor,
Que dentro de poco vuelvo.
Quizá será que Lisandro
Todavía esté durmiendo.
—No vaya usted, mi señora.
A despertarle.—No; ereo
Que está en el jardín jugando!
Le traigo en este momento.

Dispense usted que le haya
Dejado solo.—Yo siento
Haber á usted molestado. . . .
—No es molestia, don Anselmo.

Aquí le traigo á Lisandro,
Va usted á ver su despejo.
¡Jesús! que ropa tan sucia!
Parece sepulturero!
Venga, le ato la camisa,
Que tiene suelto ese cuello;
No le paran los botones,
Pues los arranca al momento;
Nada le dura... Es preciso
Hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrino,
¿No saluda á don Anselmo?
No sea tonto... Venga acá...
¿No me saluda?—No quiero
—¡Ja! ja! ja! ja! qué gracioso!!
Mírele usted... no es muy bello?
—Sí, señora, y no desmiente
Que usted lo llevó en su seno.
Lisandro, no me conoce?
Venga acá.—Qué majadero!
No le doy una cosita
Si no le habla á don Anselmo.
Si usted le viera, señor,
Cuando está solo; qué juegos!
Que gracias dice! no cesa
De hablar y decir portentos!
Le viera usted remedar
A cuantos pasan; al perro
Lo imita tan bien!... Lisandro,
Cómo hace Turco?—No quiero.
—Así se dice á mamá?
Qué dirá este caballero!
Que es bobo; no, pero el niño
Si me obedece, no es cierto?
Remede á Turco, mi hijito,
Y esta tarde va á paseo,
Cómo hace? á ver?—*gud, gud, gud.*
—Qué bien lo hace! deme un beso.
La fábula diga ahora
Que aprendió en Samaniego.
—Y sabe leer el chico?
—No, señor, ya va aprendiendo
Con una facilidad...
Casi todo el alfabeto
Lo sabe, y apenas hace
Unos seis meses y medio
Que empezó á aprender, pues tiene
Un admirable talento.
—Sí, señora, y lo demuestra
Lo que ha aprendido tan presto.
—Sí, señor, para su edad
Son seis meses poco tiempo...
Y qué edad tiene?—Siete años
Ha de cumplir en Febrero,
Y así tan niño se aprende
Cualquier cosa en un momento.
Diga, pues, la fabulita:
Deje el gato; estése quieto:
A ver! con formalidad;
Lisandro, no sea travieso,
La de la Zorra y el Busto
Que estudió con tanto empeño.
—La Zorra le dijo al Busto
Cuando lo oíó...—Bueno! bueno!
Siga... á ver... ya no se acuerda?
—Bonita, pero sin seso.
—Muy bien, muy bien, Lisandrino!
Deme un abrazo, mi cielo.
¿No dijo con mucha gracia
La fábula, don Anselmo?
—Sí, mi señora, muy bien;
Habla con mucho despejo.
—Y hasta oído de poeta
Va sacando el bribonzuelo!
—Sí, señora, pues recita
Con mucha gracia los versos.
—Si esto es una maravilla!...
¿No es cierto, mi hijo? ¿no es cierto
Que en usted tengo un tesoro?
¿No es cierto que vale un reino?
Don Anselmo, le aseguro
Que saben en estos tiempos
Tantas cosas los muchachos,
Que se hace duro creerlo;
Por esta razón yo juzgo
Que aprendidos nacen.—Cierito!
Dice usted muy bien, y sabe
Más un muchacho que un viejo.
—Mi señora, hasta otro rato.
—Por qué tan pronto? yo espero
Que no se vuelva á perder
Otra vez por tanto tiempo.
—Sí, señora, y más despacio
Volveré... Mucho cerebro
Que se halle sin novedad.
—Hasta después, don Anselmo.

Y así salió renegando
Este pobre caballero,
Harto ya de necesidades
De la madre y del chicuelo

Al verse libre en la calle
Alzó las manos al cielo,
Dándole gracias á Dios
Porque en libertad le ha puesto:
Pero lleno de basura
Y ajado vió su sombrero;
Se halló con bastón sin borlas,
Y con un guante de ménos:
Manchados los pantalones,
Sucios casaca y chaleco:
Sólo entonces conoció
De Lisandrino el portento.

1845.

Folleto.

LA HERMANA LOCA.

III.

(Continuación.)

—¡Mi hijo!—exclamó Luis con indefinible acento de angustia.

—Sí; yo solo sé el día y la hora en que fué expuesto en la puerta de la Inclusa. El 13 de Enero fué abandonado allí tu hijo, nacido la noche anterior.

—Señor Conde, cumpla usted su promesa y no me haga sufrir ofreciéndome la felicidad al precio de la infamia. ¡Yo ser traidor! ¡jamás! ¡ni por la mujer adorada, ni por el hijo idolatrado! ¡Jamás, jamás!

—Mayor fué la infamia, y más negra y villana la traición que cometiste en la casa honrada donde en un enemigo hallaste noble y generosa hospitalidad y recobraste la vida.

—Grandè fué mi falta, y no me disculpo, aunque podría, porque obscureció mi entendimiento pasión irresistible. Fuí un malvado y merezco el castigo que usted me ha prometido, la muerte; pero dejarme la vida y hacerme traidor, eso no, señor Conde, eso no lo acepto. Morir con honra, ¡qué gloria! Vivir deshonorado, ¡qué vergüenza!

—Pues cúmplase tu destino. Yo no puedo perdonarte.

—Dios me perdonará.
El cabecilla hizo una seña á uno de sus satélites que estaba á cierta distancia, y á los pocos momentos llegaron ocho carlistas.

—Yo soy cristiano—dijo Luis—y quiero confesarme, á no ser que los que se dicen defensores de la religión maten á los cristianos como á perros.

—Llamad á Mosen Antonio,—dijo el viejo.

Mosen Antonio era un cura que seguía á la partida del Conde, un fanático clérigo, agreste é indocto, gran reclutador de partidarios para la causa del Pretendiente, y que de buena fe creía que era empresa meritoria la en que estaba empeñado. Pero no era sanguinario y cruel, como lo han sido otros curas de fatal recordación en nuestras guerras civiles.

Era la primera vez, desde que seguía á la partida, que se le entregaba un reo de muerte, y el clérigo se echó á temblar cuando supo con qué objeto le llamaba el jefe. Quiso interceder por el capitán Cristino, ofreciendo que conseguiría hacerle carlista si podía prometerle la vida. El cabecilla le contestó que no ha-

bía salvación para el capitán; insistió el cura; el Conde replicó airado; Mosen Antonio, que era tozudo y se había propuesto salvar al prisionero, no se dió por vencido: el Conde amenazó con que fusilaría al gallardo militar sin confesión, y Mosen Antonio corrió á abrazar al desventurado Luis y gritó al implacable viejo:

—¡A ver si te atreves á fusilarnos á los dos!

Y en voz baja decía á Luis:

—¡Hijo mío! por tu madre, si la tienes; por tu mujer, por tus hijos, si eres padre, grita con migo, grita:—“¡Viva Carlos VI!” Así te salvas.

Luis quería desasirse de los brazos del cura; pero éste le apretaba con más fuerza y le repetía:

—Por Dios, que te va la vida; que si te dejas te mata ese tigre. Grita con migo, por María Santísima:

—¡Viva Carlos VI!—gritó el cura con voz estentórea.

Y Luis, para desprenderse de aquellos brazos que le sujetaban como los de unas enormes tenazas, gritó también:

—¡Viva la Reina! ¡viva la libertad!.....

Y en el mismo instante se produjo entre los carlistas la más espantosa confusión.

Llovía entre ellos la metralla, y en el primer momento caían muertos el cabecilla y los ocho hombres destinados á fusilar al capitán.

Las tropas leales habían llegado á tiempo. Luis no fué fusilado por el implacable padre de Elena; pero en aquella lluvia de plomo, alcanzó una bala cuando aun le tenía en sus brazos el cura, que no se había dado cuenta de lo que allí pasaba.

Désplomado cayó Luis, atravesado el corazón, y el cura huyó horrorizado.

Y él fué uno de los pocos que lograron salvarse en aquella terrible sorpresa, que dió fama impercedera al general que la imaginó y la llevó á cabo. Por una oportuna confidencia supo que el temible cabecilla preparaba su emboscada en el desfiladero, y allí fué él á sorprenderle, consiguiendo un gran triunfo moral y material, pues con la muerte de aquél la causa carlista perdió un jefe de inmenso prestigio, de temerario valor y de grandes recursos.

La Providencia, entonces como siempre, se mostró grande y justa. Allí donde el Conde creyó obtener la satisfacción de la venganza que perseguía, surgió terrible catástrofe en que pereció.

La muerte del capitán Bermúdez fué muy sentida en el ejército, donde ya se había conocido y estimado su bravura; y en la orden general en que se hizo saber la derrota de la partida del Conde y la muerte de éste, se citó el nombre de aquel valiente, y se encareció, aunque no con muy buena literatura, su bizarría y su heroísmo.

(Continuará.)

AVISOS.

BOTICA FRANCESA.

Hermann y Zeledón,
Farmacéuticos y Droguistas.



IMPORTADORES Y EXPENDEDORES por mayor y menor de drogas puras, medicinas frescas, efectos de botica, cristalería, perfumería, vinos y licores añejos finos. FABRICANTES de preparaciones y especialidades farmacéuticas, perfumes indígenas, siropes y aguas gaseosas.

Nuestros efectos se compran directamente de fábrica y son por consiguiente más puros y frescos que los obtenidos por manos del comisionista, además de ser mucho más moderado en precio.

Nuestra extensa práctica y experiencia adquirida en el ramo, constituyen la mejor garantía de la superioridad de nuestros artículos. 1

Salvador Garvanzo.

Frente al Cuartel Principal, y para que no salga muy cerca el consonante, en una esquina del Parque Central, tiene su magnífico establecimiento de abarrotes.

¿Que quieren ustedes señores?

Cereales del país ó extranjeros, aquí están. Si ustedes quieren vinos ó licores, los puedo proporcionar desde los que produce nuestra industria costarricense hasta los más finos que nos vienen de Europa y otras partes. En lo que es la materia de latas no hay que hablar; lo que pida el gastrónomo más consumado; pasteles de París, provenientes de la mejor casa; sardinas desde las más baratas que son las mejores, hasta las más caras que las llaman Roignons, que para más señas lleven trufas y encurtidos. No hay que desperdiciar el Jamón del Diablo, que no por su feo nombre deja de ser sabrosísimo, sobre tado si se come á la orilla de María Aguilar, untándolo en rebanadas de pan de la Panadería del Gallito, frente á la parte Occidental del Mercado. De aceitunas no hablemos, desde las chicas manzanillas hasta las gruesas sevillanas. Item más variedad de artículos; pañuelitos, camisetas, calcancillos, camisas, juguetes para niños, de toda clase; y lo que es mejor, amabilidad y buen trato á todos los parroquianos, y lo que todavía es mejor: precios sin competencia.

REMATO.

El lunes próximo 15 del corriente, á la una p. m., remataré las existencias de mi establecimiento “La Roca,” en el mismo local.

El inventario está á la orden en La Mascota.

San José C. R., Enero 1894.

J. V. JOSÉ ROCA BLANCO.

¡Una Ganga!

Vendo ó hipoteco un solar con una mediagua. Está situado en punto céntrico de esta capital, en la misma manzana en que está situada la casa que fué del señor Doctor Castro, calle del Laberinto. Entenderse con don Rafael Elizondo, ó con el dueño de dicha propiedad.

SANTOS MOLINA.

Tipografía de la Prensa Libre.